



## Enseñanzas del pase

Reseña del espacio Enseñanzas del pase —Final de análisis y pase. Sesión del 8 de abril 2014.

*El bestiario de la pulsión. La pulsión no tiene edad.*

### **Reseña realizada por José Manuel Álvarez López**

La noche del pasado 8 de abril, tuvo lugar la intervención de Anna Aromí, en el espacio *Enseñanzas del pase. Final de análisis y pase* bajo el título *El bestiario de la pulsión. La pulsión no tiene edad*.

El lector podrá leer a continuación unas breves pinceladas de su excelente exposición, con formulaciones muy precisas no exenta de sorprendentes proposiciones.

*Anna Aromí* abrió su exposición comentando que la pulsión viene al lugar de la no relación sexual, más aún, sin la pulsión no se sabría cómo gozar...

En el dispositivo analítico es la pulsión la que se ata a la transferencia, y eso ya produce un importante efecto terapéutico, puesto que se goza menos del síntoma y se lo hace más del propio análisis.

De lado analizante tenemos una historización que, aunque vaya más allá del Edipo, al mismo tiempo, y teniendo en cuenta que la pulsión no deja de ser también un mito, -el cual, como todo mito, está hecho para dar cuenta de lo real-, no obstante redobla la historización edípica.

En su propio caso, la pulsión se le presentó como un verdadero bestiario, cuyo animal privilegiado era la figura del elefante, grande, algo torpe en sus movimientos, para pasar también por el de un perro flotante vestido de bebé, (índice del no querer saber nada de la castración), así como el sueño de la gamba pelada, de la que extrae el objeto *a* como algo del propio sujeto... A la vez que es también el objeto *a* como un hueco en el Otro barrado; que no es un objeto que vendría a suturar el efecto de la barra sobre el Otro, y por eso mismo, en tanto no sutura ese efecto, lo podemos considerar como el lado

dinámico de lo que se puede cambiar en un sujeto.

Para finalizar el bestiario, aparecerá la representación de una mula que da vueltas y vueltas entorno a un pozo del cual no hay agua que extraer..., y que será un sueño de fin de análisis...

El analista pasa así de un primer tiempo como el Otro de la demanda, a un segundo tiempo en el que queda reducido a “un punto de luz”. Precisamente el rasgo común del sueño del perro y del de la gamba, es justamente la mirada; punto crucial, ya que ahí el sujeto se veía ver.

En su extracto más profundo, la pulsión prescinde del sentido. Y el final de análisis se presenta así como una solución a lo que en la pulsión hay de goce indestructible...

Hay en el análisis un goce que está compuesto de palabras y amor. El acto de hablar recorta un objeto, pero la pulsión no sabe decir que no, solo sabe decir que sí, y dice que sí siempre a expensas del sujeto y de su deseo. Es decir, la pulsión, a diferencia del amor, no entra en conversación con nada ni con nadie.

De esta forma, la pulsión hace borde con el Otro que no existe, y el objeto viene a hacer la función de barandilla de lo real. En este sentido, la pulsión es la forma del vacío de la no relación sexual. Un vacío, señaló, que empuja, pero que no chupa, como suele imaginarse habitualmente.

El inconsciente real no hace un todo, no depende del Otro, y desde esta perspectiva del Otro que no existe, reina el desorden en los habituales circuitos pulsionales tal y como suelen ser entendidos; así, podemos encontrarnos con un “mirar con la boca”, o un “alimentarse con la mirada”. Lo que indica más bien que, cuando el Otro no está, hay algo que se vuelve loco.

Otra de las formulaciones que nos propuso Anna Aromí respecto de la pulsión, es considerarla como un tímpano, una membrana que nos separa de lo real pero que al

mismo tiempo nos puede orientar. No se puede ni eliminar, ni dar forma al agujero de la no relación sexual. No obstante, un hilo atravesaría esa membrana, ese tímpano, el hilo del amor pero, teniendo en cuenta los recorridos pulsionales y los efectos que se desprenden de ellos, sería más bien un amor advertido.

A continuación se abrió un extenso debate de preguntas sobre su intervención que fueron respondidas de la siguiente manera:

El Otro barrado altera el goce; cuando la barra cae sobre el Otro, eso tiene consecuencias sobre la pulsión y, por lo tanto, toca también al fantasma.

Sobre la responsabilidad de la enunciación, respondió A. Aromí “¿Qué otra cosa podemos ser sino siempre responsables de nuestra enunciación? Tanto de lo que decimos como de los efectos que podemos producir, se den donde se den. Esa responsabilidad tiene efectos de *comunidad*, no necesariamente un efecto de *grupo*”.

A partir de otra pregunta referida a si se trataría de una *modificación* de la pulsión o una *regulación* de la misma al final de análisis y respecto de la posición de analista, propuso una formulación más que sorprendente: “Poder no escuchar”. Este *poder no escuchar*, está en conexión con situarse de tal manera que lo que se escuche no sea otra cosa que el hueco del sentido desde una posición de vacío a partir de la separación del objeto. Lo opuso, en su caso, al *escuchar demasiado*, un rasgo particular que confinaba con la angustia. “En mi caso, se trata de *poder no escuchar* cuando *no hay nada que escuchar*”.

En definitiva, se trata del lado del analista de no escuchar los cuentos para protegernos de lo real, añadió; y desde esa perspectiva, la formación del analista no es sino el envoltorio de lo nuclear más particular de él mismo.

Un análisis -no aplicado-, va más allá de la clínica de las estructuras, de la dirección de la cura...; es una clínica de lo real y, en tanto tal, no se puede ni dirigir ni controlar. Lo que no excluye, paradójicamente, ni una orientación, ni un control.

En referencia a la pulsión de muerte, expresó sus dudas de grandes cambios al respecto, porque ahí estamos —señaló—, ante un real sin ley y, como tal, nos encontramos completamente desasistidos, desamparados.